

Nerea Cabaleiro



CORAZÓN

INDOMABLE



YK



**CORAZÓN
INDOMABLE**

Nerea Cabaleiro

CORAZÓN INDOMABLE

Nerea Cabaleiro

**YOUNG
KIWI**

YOUNG KIWI, 2026
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, marzo 2026
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-39-5
Depósito Legal: CS 96-2026

© del texto, Nerea Cabaleiro
© de la cubierta, Borja Puig
Fotografía de autora, Ana @valminor.visual
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: YF

Copyright © 2026 Ediciones Kiwi S.L.
www.youngkiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todos esos corazones indomables que se arriesgan a pesar del miedo.

Y también para las que no concebimos nuestra vida sin caballos cerca.

PLAYLIST

- ♪ *Aunque no estés* – Paula Koops
- ♪ *Austin (boots stop workin')* – Dasha
- ♪ *Carry you home* – Alex Warren
- ♪ *Come back... be here* – Taylor Swift
- ♪ *Day I die* – Alexander Stewart
- ♪ *Here I am* – Bryan Adams
- ♪ *How dare you* – Alexander Stewart
- ♪ *I miss you, I'm sorry* – Gracie Abrams
- ♪ *Last kiss* – Taylor Swift
- ♪ *Long live* – Taylor Swift
- ♪ *Mátame* – Beret
- ♪ *Me soltaste* – Jesse & Joy
- ♪ *Qué pasaría* – Atacados
- ♪ *Risk* – Gracie Abrams
- ♪ *Sorry I'm here for someone else* – Benson Boone
- ♪ *The first time* – Damiano David
- ♪ *The night we met* – Lord Huron
- ♪ *Yeah, no* – Elle Winter

NOTA DE LA AUTORA

Aunque algunos datos que se mencionan en esta novela estén basados en localizaciones reales, el pueblo en el que transcurre la historia es producto de mi imaginación.

De igual forma, me he tomado ciertas licencias a la hora de hablar de la temporada anual de rodeos y de las diferentes disciplinas que se practican. Algunos de los eventos mencionados durante la novela son reales, pero los que tienen mayor protagonismo forman parte de este pequeño universo que he creado para la historia.

¡Espero que la disfrutéis!

PRÓLOGO

Nicholas

Hacía ocho años que no ponía un pie en Hollow Creek Mountain. Ocho largos años en los que no he parado de pensar en este lugar y en todo lo que dejé en él con mi partida. Pensaba que sería más fácil, que lo llevaría mejor. Estaba convencido de que podría manejarlo. Al fin y al cabo, es lo que llevo haciendo estos últimos meses: controlarme. Me he preparado durante mucho tiempo para enfrentarme a este momento, pero ha sido bajar del coche tras más de diecisiete horas al volante y los recuerdos me han golpeado con más fuerza que el calor asfixiante que impera en el ambiente. Por un segundo, he estado tentado de dar la vuelta y regresar a Chicago; de olvidarme del motivo que me ha hecho volver y tirar la toalla. Pero esa sería la alternativa fácil. La cobarde. Ya la escogí una vez y no acabó bien. Por eso he hecho de tripas corazón y me he obligado a permanecer estático, tratando de acompañar los latidos desbocados de mi corazón al sonido que marca la aguja segunda de mi reloj de muñeca.

Noto la piel cubierta por una fina capa de sudor,

haciendo que la ropa se me pegue al cuerpo con incomodidad. Necesito darme una ducha lo antes posible, pero no he podido resistirme a parar en el pueblo. La calle principal sigue exactamente igual que en mi memoria. Los mismos establecimientos, los mismos árboles, los mismos bancos... Nada parece haber cambiado, y, al mismo tiempo, todo se siente diferente. *Yo* soy diferente. Sigo intentando averiguar en qué sentido.

No me cuesta percibir en el aire ese característico aroma a cuero, madera de pino y hierba fresca al que tardé en acostumbrarme cuando era un niño. Es una mezcla extraña que al principio me revolvió el estómago, pero que ahora, por algún motivo, me arranca una sonrisa. La primera de verdad en mucho tiempo. Lo echaba de menos, y no me había percatado de cuánto hasta este instante.

A pesar de que ya ha anochecido, tardo solo dos segundos en reconocer el ambiente festivo que proviene de la única cafetería-restaurante que hay en este lugar. No es temporada de fiestas, pero algo dentro de mí ya se lo esperaba. Ha sido así desde que cargué las maletas en el coche y puse rumbo al que fue mi hogar vacacional durante doce años.

Con ocho, Mountain Creek Hollow me parecía el peor lugar del mundo para pasar el verano.

Con dieciocho, se convirtió en mi lugar favorito.

Con casi veinte, tuve que decirle adiós a la fuerza.

Ahora, con veintisiete, no tengo ni idea de cómo me

hace sentir. Supongo que necesito más tiempo para llegar a una conclusión.

Lleno los pulmones de aire fresco y obligo a mis piernas a moverse. El negocio de Annie es un pequeño establecimiento ubicado frente al edificio de la alcaldía. Las paredes están forradas de madera clara, y posee unos grandes ventanales que brindan claridad al lugar y ofrecen una panorámica completa de la calle a los clientes. Me asomo a una de ellas mientras siento cómo me sudan las manos. Da igual las veces que las frote contra el pantalón, la sensación pegajosa no desaparece. Entre las decenas de cabezas y sombreros que ocupan el interior del local, distingo una pancarta casera con un «Feliz Cumpleaños» escrito en el centro en tonos naranjas, verdes y marrones. A ambos lados del mensaje, hay dibujados dos caballos con las patas delanteras en el aire. El corazón me da un vuelco. Me llevo una mano al pecho y masajeo la zona con suavidad, tratando de aliviar el nudo que me oprime. No funciona, pero esto también me lo esperaba. Nunca se me ha dado bien controlar el nerviosismo.

Como si de un imán se tratase, lo siguiente que perciben mis ojos es una cabellera rubia escondida bajo un sombrero color crema. Reconocería esa melena lacia entre cientos de ellas. La he acariciado muchas veces. Tantas que ni siquiera puedo contarlas. Un segundo después, el rostro de su dueña queda frente a mí. Está a solo unos metros de

distancia, pero siento como si nos separase un universo entero.

Kimberly Richards.

La razón por la que he regresado.

Su sonrisa es igual de impactante que hace ocho años. El paso del tiempo se ha portado bien con ella, porque está incluso más guapa de lo que la recordaba. Sus facciones ya no son tan dulces como cuando éramos adolescentes, pero su mirada sigue destilando la misma aura salvaje que entonces. Kim siempre ha sido un alma libre; indomable. Nunca tuve ninguna posibilidad de salir ileso estando junto a ella. Supe que iba a caer incluso antes de entender lo que eso significaba.

—Cumpleañera, te toca soplar las velas.

El eco de una voz masculina, que también reconocería entre millones, me llega amortiguado a través del cristal. Patrick abraza a su hermana antes de ponerle delante una tarta con veintiséis velas de colores encima. No lo distingo bien, pero estoy convencido de que se trata de una tarta de zanahoria. Era su favorita.

Kim coge aire y sopla con fuerza, sin perder la sonrisa. La mía crece un poquito más cuando consigue apagar todas las velas de una sola vez. Siempre le gustaron los retos. Después, sus ojos barren todo el local casi con desesperación. No parece encontrar lo que busca, porque se le escapa un mohín decepcionado que creo que solo percibo yo. Vuelve a repetir el mismo gesto, y nuestras miradas conectan

durante un instante. Es tan efímero que dudo de que realmente haya ocurrido, pero basta para que una sensación cálida me embargue y una certeza se me asiente con determinación en el estómago.

He vuelto a casa.

CAPÍTULO 1

Kimberly

El sol se filtra entre las cortinas y me impacta de lleno en toda la cara. Normalmente, no me molestaría. Formo parte de ese porcentaje de población que prefiere dormir con las contras de madera abiertas y las cortinas descorridas para disfrutar del paisaje y de la luz natural, pero hoy la claridad me arranca un gemido lastimero. Anoche se nos fue de las manos el tema de la fiesta. Culpa de mi hermano Patrick, seguro. No me extraña que papá siempre diga que es el mejor en las negociaciones familiares. Nadie puede decirle que no. No sé si es por la labia que se gasta, o por esa carita de no haber roto un plato en la vida.

El caso es que no deberíamos habernos acostado tan tarde. Ni haber bebido tanta cerveza. Ni haber hecho ronda de chupitos de *whiskey* después de soplar las velas y probar la tarta. Pero supongo que, como todo, un día es un día. Además, teníamos una buena excusa. Era mi cumpleaños. Una no cumple veintiséis todos los días.

Trato de girarme para que el sol deje de torturarme, pero, al hacerlo, el brazo que me rodea por la cintura se ciñe

todavía más a mi cuerpo. Se me escapa una sonrisa cuando siento unos labios cálidos posarse con delicadeza en mi cuello para darme un beso.

—¿Cómo ha amanecido la chica más guapa del pueblo? ¿Resacosa?

—Un poco —admito.

Y apostaría lo que fuera a que no soy la única. La voz lo delata.

—Eso va a ser la edad. A partir de los veintiséis todo se vuelve cuesta abajo.

—Sigo siendo la misma persona que era ayer —comento con escepticismo.

—¿Seguro? Porque juraría que acabo de verte un pelo blanco justo aquí.

Su boca vuelve a mi cuello al tiempo que sus manos se pierden por debajo de mi camiseta. Me revuelvo entre sus brazos cuando me hace cosquillas, mientras que la risa me traiciona.

Mitch es idiota. Sobre todo por las mañanas.

Nos conocimos cuando yo estaba a punto de cumplir diecinueve años, en el bar del pueblo. Había escuchado su nombre en cientos de ocasiones, pero fue la primera vez que lo tuve delante. Supongo que me llamó la atención, porque hoy en día todavía no me explico qué me llevó a aceptar su ofrecimiento para comer juntos. Sospecho que fue porque representaba algo completamente opuesto a todo lo que yo intentaba dejar atrás.

Mitch forma parte del selecto grupo de celebridades de Hollow Creek Mountain. No hay rodeo en el que no lo conozcan. Y menos después de que este año haya ganado el rodeo estatal de primavera que se celebra en el pueblo, el Cheyenne Frontier Days —el más famoso de Wyoming y uno de los más grandes del mundo—, y de haber obtenido una de las puntuaciones más altas en el Cody Stampede Rodeo.

Toda una leyenda local. Y yo me aferré a él con uñas y dientes.

Con el tiempo nos hicimos amigos. Muy buenos amigos. Tan buenos que, desde hace un par de años, también nos acostamos. Es una larga historia que se resume en una noche intensa de confesiones sobre desengaños amorosos, mucho alcohol y canciones de Lord Huron. Esa mezcla nunca falla.

La alarma de mi móvil suena instantes después, cuando Mitch me está besando. Su cuerpo me aprisiona contra el colchón, por lo que me cuesta un poco extender el brazo hacia la mesita de noche para apagarla. Lo consigo al cuarto intento.

—Quédate —susurra contra mis labios. Estoy tentada de decirle que sí. Sobre todo si va a seguir besándome de esta manera. Pero luego recuerdo todo lo que tengo que hacer hoy, y, por mucho que me fastidie, niego con la cabeza. Soy demasiado responsable con mi trabajo como para tomarme un día libre, y Mitch lo sabe. Por eso mi

respuesta no le sorprende. Él es igual, aunque trate de autoengañarse y convencerse de lo contrario cada mañana.

—Sabes que no voy a hacerlo.

—Los caballos pueden esperar.

El mohín que me regala me hace gracia.

Me recreo más de lo debido en apartarle los mechones negros de pelo que le caen sobre la frente cuando apoya la cabeza contra mi pecho. Casi le llegan a la altura de esos ojos avellana en los que puedo verme reflejada. Recién levantado, aparte de idiota, Mitch también es muy empalagoso. Viéndolo así, nadie diría que sea uno de los mejores montando broncos¹ con silla.

—No voy a convencerte, ¿verdad? —Niego con la cabeza, conteniendo una sonrisa. Él bufa, pero termina por apartarse para que pueda levantarme. Lo hago después de besarlo. Otra vez—. Odio que seas tan responsable.

—No mientas, es una de las cosas que más te gustan de mí.

—¿Sabes otra cosa que también me encanta de ti?

Miedo me da.

—Sorpréndeme.

—Tu culo. Tienes un culo impresionante. ¿Los vaqueros de ayer? Pfff. Te quedaban de escándalo. Aunque también me encantan tus tetas. Son tan...

¹N. de A.: Caballos salvajes sobre los que el jinete debe permanecer ocho segundos sin caerse mientras estos saltan encabritados y tratan de derribarlo.

Le lanzo la camiseta que me acabo de quitar y con la que he dormido a la cara, interrumpiendo lo que fuese a decir. Su risa no tarda en llenar toda la habitación mientras recojo mi ropa del suelo y me visto. Me da igual mostrarme desnuda ante él. Tampoco es como si fuese a ver algo que no haya visto antes más de cien veces.

Mitch no se corta a la hora de comerme con la mirada.

—Eres un guarro.

—Lo sé. Y te encanta. Si no, no me soportarías.

—Te soporto porque eres mi único amigo.

Por eso, aunque no sea completamente cierto, y porque, por mucho que me niegue a reconocerlo en voz alta, le quiero.

Mitch es un buen hombre. Uno de los mejores que conozco. Siempre ha estado ahí para mí cuando lo he necesitado. Aun cuando yo me empeñaba en alejar a los demás creyendo que podía con todo sola. Se merece que le pasen cosas buenas.

—Eres cruel.

Y él un dramático, pero no se lo digo. En su lugar, me agacho a su lado cuando ya estoy vestida y le regalo un último beso. Hoy tengo un buen día.

—Te dejaré el café listo antes de irme. Te aviso cuando llegue a casa, ¿vale?

Lo veo asentir con la cabeza y dedicarme una sonrisa burlona.

—Ten cuidado por el camino. No atropelles a nadie.

—Lo intentaré.

No prometo nada por si acaso.

Conducir bien nunca ha sido una de mis virtudes. Yo soy más de caballos que de vehículos a ruedas. Por eso ni siquiera tengo uno propio. Cuando me hace falta, cojo prestada la vieja camioneta azul de mi hermano Patrick.

Todavía recuerdo el día que papá la compró. Yo apenas era una niña. Casi podría decirse que hemos crecido juntas. Ahora está destartalada, pero me sigue pareciendo igual de especial. Mis hermanos y yo aprendimos a conducir en ella. Con el paso de los años, Maverick fue quien la heredó. La mantuvo intacta hasta que se fue a vivir con su novia y se compró la suya propia. Después pasó a Patrick, quien, a su vez, la comparte conmigo, y... Bueno, podría decirse que la pobre ha vivido mejores tiempos. ¿La parte buena? Sigue funcionando a las mil maravillas. Nunca me ha dejado tirada, y espero que siga así por muchos años más.

Sin pensarlo demasiado, arranco el motor y pongo rumbo a casa.

La voz de Gracie Abrams con *That's so true* me acompaña en bucle mientras recorro los veinte kilómetros de carretera serpenteante franqueada por naturaleza que separan el rancho de mi familia del pueblo. El paisaje me parece precioso. Sobre todo en esta época del año, que casi araña el otoño. Siempre ha sido mi estación favorita. La explosión de colores, las hojas caídas, la brisa fresca, el olor a tierra mojada después de llover... Es un espectáculo digno de

admirar, al menos una vez en la vida. Un paraíso perdido entre las montañas. Y es mi hogar. Forma parte de mí, casi tanto como yo de él.

Veinticinco minutos después, y dos cuerdas vocales menos —cantar tampoco es lo mío—, atravieso la cerca que delimita la propiedad de mi familia. Nada más y nada menos que doscientas cincuenta hectáreas de terreno a las que se accede por un camino de tierra bordeado por prados cercados, donde el ganado y los caballos pacen con tranquilidad. También tenemos un arroyo que atraviesa la zona oeste de la finca y desemboca en un pequeño lago no muy lejano en el que mis hermanos y yo nos bañamos todos los veranos; y un área boscosa, próxima a las montañas, por la que me encanta pasear cuando salgo a montar.

Tardo un par de minutos más en llegar a la zona de aparcamiento que hay frente a la casa principal. Distingo la camioneta negra de papá aparcada en su lugar habitual, junto a la de uno de nuestros trabajadores; pero me sorprende encontrarme con la de mi hermano Maverick y con un todoterreno gris que no identifico. No esperaba tener visita tan temprano. Aun así, me tomo mi tiempo. Me calo el sombrero color crema en la cabeza tras poner las botas en el suelo y me acerco a la valla que delimita el *paddock*¹ de los caballos. No me cuesta distinguir a Willow, mi yegua, junto a Sparks, el caballo veterano de la familia. Cuando les silbo,

¹ N. de A.: Terreno delimitado al aire libre en el que los caballos pueden vivir en libertad.

los dos levantan la cabeza y me relinchan con suavidad. No tardan en acercarse y permitir que los acaricie, y ese simple hecho basta para hacerme sonreír como una idiota. Nadie puede negar que los animales son mi punto débil.

—Buenos días, vaquera, ¿qué tal la resaca?

Una voz cantarina a mi espalda me hace poner los ojos en blanco de buen humor. Me giro para enfrentarme a ella y me doy de lleno con un metro noventa de puro músculo, cabello castaño, mandíbula cuadrada, antebrazo derecho lleno de tatuajes y la sonrisa más cálida que he visto en mi vida, acompañando a unos ojos verdes igual de dulces. Travis Parker es la definición personificada de «peligroso pero adorable». Su aspecto resulta intimidante, aunque en el fondo es el chico más tranquilo y risueño que conozco. Lleva más de seis años trabajando para mi familia, y en todo este tiempo jamás lo he visto perder los estribos. Por nada ni por nadie, y eso que han puesto su paciencia al límite en muchas ocasiones. Le he preguntado varias veces cómo es capaz de aguantar tanto sin que parezca que le va a explotar una vena del cuello, pero todavía no me ha confiado su secreto. Creo que me va a tocar seguir insistiendo. Con suerte, algún día cederá. Y, si no, siempre puedo pedir ayuda a uno de mis rubios favoritos. Él seguro que tiene éxito a la primera.

—Peor que la tuya, al parecer. Anoche te fuiste temprano. ¿No te lo estabas pasando bien en la fiesta o qué?

—Me lo estaba pasando de maravilla, pero tenía asuntos que atender.

Ya, claro. Y yo soy idiota.

—Por casualidad, ¿esos asuntos tenían una sonrisa encantadora, el pelo rubio y los ojos marrones?

La mueca de Travis se dulcifica, y ese gesto es una confirmación más que suficiente para saber que estoy en lo cierto. Aunque tampoco es que fuese necesario confirmar lo obvio. Salta a la vista para cualquiera que preste un poco de atención.

—Al menos, dime que valió la pena.

—Cada segundo.

—Vale, creo que no necesito más información.

Su risa me hace reír a mí también. La culpa es mía. ¿Quién me manda preguntar?

Hago un gesto con la cabeza hacia la casa para cambiar de tema. Tampoco es que me interese conocer los detalles de la vida sexual de mis amigos.

—¿De quién es el todoterreno?

—Ni idea. No lo conozco. Es una visita de tus padres.

—Entonces será mejor que entre y me presente. Tengo que dar una buena imagen.

—Kim, tú no has sido buena en la vida.

—Guárdame el secreto.

Le guiño un ojo y me alejo con sus carcajadas todavía resonando de fondo.

Estoy subiendo los escalones del porche de la entrada de

casa cuando mis hermanos salen hechos una furia. Maverick es el primero en reparar en mi presencia. Su mueca sería apenas varía cuando establecemos contacto visual. Tratándose de él, no es algo que me sorprenda. Que sonría es casi tan raro como ver el cometa Halley en el cielo. Ocurre una vez cada setenta y cinco años. Eso si no te pilla durmiendo y te lo pierdes. Claro que, si te llamas Amber, la cosa cambia. Hay pocas cosas que le arranquen una sonrisa a Maverick Richards, y Amber Holland es una de ellas. En ese caso, sonrío hasta durmiendo. El amor tiene ese efecto en él. Yo todavía no me lo explico, pero no pienso decir ni palabra.

Sin embargo, mis alarmas se disparan cuando me doy cuenta de que Patrick tampoco sonrío. Y que Patrick no sonrío nunca es buena señal. Él siempre tiene una sonrisa preparada para todo el mundo. Da igual si son conocidos, desconocidos, amigos o enemigos. Es la persona más social que conozco.

—¿Y esas caras de funeral? ¿Quién se ha muerto?

Ninguno se ríe ante mi broma, y yo me pregunto si de verdad se habrá muerto alguien y no me he enterado. No sería la primera vez. Hace unos años me pasó con una de las vecinas del pueblo, que en paz descansa.

—Mamá y papá tienen visita.

Es la única respuesta que obtengo de mi hermano mediano.

—Lo he intuido al ver el todoterreno. ¿Quién es?

—Nadie.

«Mavs tan parco en palabras como siempre», puntualiza mi subconsciente.

Resoplo y paso por su lado, pero su mano se ciñe alrededor de mi muñeca con suavidad y me detiene. Ahora no solo hay seriedad en sus facciones, también preocupación.

—No deberías entrar.

—¿Por qué?

—Porque no te va a gustar.

Lástima que siempre haya sido de las que ignoran los consejos ajenos.

Una vez leí un texto indígena que decía que las almas de las personas a las que habíamos querido permanecían a nuestro alrededor aun cuando ellas ya no estaban cerca. Como pequeños fantasmas invisibles levitando a nuestro alrededor. Se les olvidó mencionar que, algunos fantasmas del pasado, también podían ser de carne y hueso.

De las miles y millones de posibilidades que había, nunca esperé tener que enfrentarme a la única que había desechado por imposible.

No esperaba volver a verlo a él.

Nicholas Graham.

El chico que me enseñó a volar sin tener alas, y que después me dejó caer cuando desapareció de nuestras vidas sin darnos una explicación.

Maverick tenía razón. No me gusta. Y no me gusta por

una sencilla razón: pensaba que a estas alturas su presencia ya no me provocaría ningún tipo de reacción. Que lo había arrancado de mi sistema hace tiempo. Me convencí de que no podía afectarme más, y me molesta darme cuenta de que es mentira. Me molesta que mi cuerpo reaccione a su cercanía, porque ya no debería tener ningún tipo de poder sobre mí. No después de todo lo que hizo. Me molesta que, a pesar de todo el daño que me causó, no pueda evitar fijarme en los detalles que el paso del tiempo ha ido moldeando en él; en la barba poblando sus mejillas, en el pelo rubio más corto, en los hombros más anchos. Sigue siendo el mismo chico que pasaba los veranos en mi casa y, al mismo tiempo, es distinto. Más masculino, más hombre. Y yo tengo que hacer esfuerzos por no ponerme a temblar. Tengo que esmerarme en masticar la bola de rabia, decepción e impotencia que me sube por la garganta cuando aparta la mirada, incapaz de sostener la mía.

¿Se avergüenza? Debería. Es lo menos que puede hacer después de lo que me hizo. De lo que nos hizo a todos.

¿Se arrepiente? Lo dudo mucho. Alguien que te quiere no te destroza a conciencia.

Y, sin embargo, una parte minúscula de mí quiere gritarle y formularle las preguntas que llevo ocho años haciéndome en silencio y que ya me había resignado a asumir sin obtener una respuesta: ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste? ¿Ya no me querías? ¿Para ti solo fuimos un

juego? ¿Algo pasajero de lo que te podías deshacer cuando te viniese en gana?

Pero no digo nada, porque no merece que le conceda ni un solo segundo de mi tiempo. Ya no. Por eso me obligo a apartar los ojos de él y me centro en mi padre, que me observa con cautela y aguarda una reacción por mi parte. No sé qué esperaba que pasase. ¿Que me pusiese a llorar? ¿Que entrase en cólera? Sea como sea, no le doy el gusto. Solo me aclaro la garganta y rezo porque la voz no me tiemble cuando hable.